

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 282

Hoy no tendré miedo del amor.

Comentario de Sarah:

Mi verdadero Ser es amor. ¿Por qué habría de tener miedo del amor? ¿Por qué no quiero conocer mi Ser? ¿No es el amor algo que todos queremos? Sin embargo, nos resistimos a su presencia. ¿Por qué? Nos resistimos al amor porque el ego es la encarnación del miedo al amor y nos ha dado sustitutos del amor. Nosotros fabricamos el ego y amamos lo que hemos hecho. No tememos lo que llamamos amor en el mundo, pero este "amor" está basado en el miedo y es un sustituto de lo real. Lo real es lo que somos, y una amenaza para el ego porque valoramos el yo que hemos fabricado. De hecho, vemos el amor real como débil y le damos los atributos del miedo. Confiamos en el miedo para que nos proteja. **“El miedo contempla la culpabilidad con la misma devoción con la que el amor se contempla a sí mismo.”** (T.19.IV.A.i.10.9) (ACIM OE T.19.V.a.49) El miedo nos resulta familiar y por eso lo vemos como nuestro amigo, pero aunque nos identificamos con el ego, el ego no nos ama. **“Tú que te identificas con el ego no puedes creer que Dios te ame.”** (T.4.III.4.1) (ACIM OE T.4.IV.49) **“Hiciste al ego sin amor, y, por consiguiente, él no te ama.”** (T.6.IV.2.3) (ACIM OE T.6.V.46)

El ego quiere mantener el yo separado, alojado en un cuerpo, viendo a todos los demás como diferentes. Se aferra a los resentimientos, se ve a sí mismo como una víctima inocente, se ve tratado injustamente y utiliza su poder para apoyar su propio especialismo. Renunciar a esto en favor del amor parece peligroso. Se siente como un sacrificio entregar nuestra voluntad a la Voluntad de Dios.

Jesús pregunta: **“¿Y es posible acaso cambiar la verdad dándole simplemente otro nombre?”** (L.282.2.3) En otras palabras, ya somos Amor y no podemos cambiar ese hecho. Simplemente nos escondemos de la verdad. El Espíritu Santo, que habita en la mente recta, es el recuerdo del Ser que somos. El Espíritu Santo es la Llamada dentro de nosotros a la que hemos respondido y nos ha puesto en este camino.

Hemos mostrado la voluntad de deshacer los obstáculos al amor poniendo nuestro pie en este camino, aunque sea tímidamente. Ahora utilizamos los medios que se nos han proporcionado para recordar el amor que somos, de modo que podamos experimentar la libertad, la paz, la alegría, la plenitud, la creatividad, la belleza, la abundancia y la armonía que son nuestra herencia. Conocer este Ser requiere que nos liberemos de resentimientos, especialismos, juicios, autoconceptos y culpas. En otras palabras, debemos mirar todas nuestras falsas percepciones y traerlas a la luz sanadora del Espíritu Santo. Si realmente queremos que nuestro sufrimiento termine, no podemos seguir aferrados a nuestros juicios, nuestras opiniones y nuestras interpretaciones. Debemos estar dispuestos a aprender lo que Jesús enseña. Debemos estar dispuestos a dejar de aferrarnos al pasado y al dolor de las heridas no sanadas del pasado. Sí, hace falta determinación. Es la **“resolución de no seguir**

dormido en sueños de muerte". (L.282.1.3) Es la determinación de estar atentos a nuestros pensamientos, de perder el interés por nuestras historias, de caminar a través de la oscuridad con Jesús, de seguir eligiendo el Cielo en lugar del infierno en cada momento, y de acudir constantemente a la Verdad interior para obtener otra interpretación de cómo verlo todo.

Cuando afirmamos: "**Hoy no tendré miedo del amor**" (L.282), en realidad estamos diciendo que estamos dispuestos a que nos enseñen a traer más paz y alegría a nuestras vidas. Al mirar de buen grado mis percepciones erróneas y admitir que he estado equivocada sobre quién soy, se hace espacio para el milagro. Así, aunque todavía tenemos mucha resistencia, cada paso que damos hacia la verdad se ve fuertemente reforzado. Si entendiéramos completamente esta Lección, o de hecho cualquier Lección, podríamos despertar del sueño. Pero el miedo surge en la mente. Nos preguntamos ¿qué seré sin el yo al que actualmente me aferro como identidad? ¿Dejaré de ser aceptada por mi familia y mis amigos? ¿Tendré algo de lo que hablar? Si no participo en el drama, ¿qué es lo que me conectará con los demás? ¿Me dejarán los demás? ¿Me juzgarán y me considerarán rara? Hay una atracción hacia el despertar, pero la resistencia sigue ahí.

El ego es una locura cuyo único propósito es alejarnos de nuestra verdadera realidad. Recuerdo que cuando estaba en mis años de preadolescente, me enfadaba con mis padres y les daba el tratamiento de silencio. Pensaba que les estaba haciendo mucho daño, y quizás lo hacía, pero lo más importante es que la estrategia de mi ego me mantenía en el infierno. Sin embargo, me negaba obstinadamente a abandonar el programa que me daba la ilusión de poder sobre ellos. Me dije que se merecían la culpa por lo que me habían hecho. Les castigaba con mi retraimiento, aunque me perjudicaba. Continué con ese patrón hasta la edad adulta, hasta un día memorable en el que elegí perdonar en lugar de proyectar la culpa, tras un incidente hiriente con mi marido. En ese momento, reconocí cómo el ego disfrutaba de esa situación y sólo me hacía daño a mí misma. Pensé que estaba castigando a los demás, pero todo era mi mente. Al proyectar la culpa en el aparente victimario, sufrí. Pero para el ego el sufrimiento parece valer la pena para hacer que alguien pague por su "crimen". En ese momento de comprensión, elegí ver a mi hermano como inocente. En lugar de condenarlo, mis resentimientos desaparecieron y nos unimos para sanar. Fue un alivio tan grande soltar una historia que llevaba mucho tiempo enquistada y un patrón de manipulación, que me tenía encadenada y que también tenía a mis hermanos como prisioneros junto conmigo mientras obtenía el perverso placer de hacerles daño.

Se necesitó mucha determinación para dejar atrás los desplantes del ego, que me instaban a vengarme de mi hermano por lo que aparentemente me había hecho. La voz del ego que resonaba en la mente era que él merecía sufrir por lo que había hecho. Sin embargo, cada vez que liberaba esta pauta tan arraigada, me resultaba cada vez más fácil, y la cantidad de tiempo que mantenía la ira disminuía significativamente. Como resultado, había mucha más alegría en la relación. Fue otra demostración de que el ego nunca tiene en cuenta nuestros mejores intereses. Nos insta a prolongar nuestro sufrimiento en lugar de admitir que estamos equivocados. A menudo elegimos tener razón en lugar de ser felices. Sin embargo, con el perdón, ¡lo único que he "sacrificado" ha sido el sufrimiento!

Hemos sustituido el amor especial por el amor real que somos. En este mundo, toda relación, ya sea que la llamemos de amor o de odio, es especial. ¿Por qué? Porque el ego utiliza cada relación como una negociación para tratar de extraer amor mientras proyecta la culpa en el otro. Es la culpa de la separación de Dios. Ahora queremos responsabilizar a otro para poder comprar nuestra inocencia a su costa. Podemos culparles de nuestra condición. Si utilizamos una relación de esta manera, en realidad es una relación de odio. ¡Las relaciones de amor especiales son en realidad relaciones de odio

camufladas de amor! **“No temas examinar la relación de odio especial, pues tu liberación radica en que la examines. Sería imposible no conocer el significado del amor si no fuese por eso. Pues la relación de amor especial, en la que el significado del amor se halla oculto, se emprende solamente para contrarrestar el odio, no para abandonarlo.”** (T.16.IV 1.1-3) (ACIM OE T.16.V.30) La primera vez que me encontré con esta afirmación en el curso, debo decir que me indignó el pensamiento. Era un pensamiento blasfemo para el ego, pero con el tiempo llegué a ver la verdad.

Limitar a los demás al cuerpo es un ataque porque los mantenemos atados al falso yo. En nuestras relaciones especiales, siempre tratamos de obtener del otro algo que sentimos que nos falta. Sin embargo, nos resentimos con el otro porque creemos que nos está negando lo que podría, y debería, darnos. También nos molesta que dependamos de ellos para conseguir lo que queremos de ellos. Por lo tanto, cualquier relación amorosa en este mundo siempre tendrá ambivalencia en ella, con una combinación de atracción y odio. Y el odio en la relación es todo nuestro propio odio a nosotros mismos pero reflejado en ellos.

Jesús nos dice que lo que falta en cualquier relación es lo que no estamos dando. **“Cada hermano con quien te encuentras se convierte en un testigo de Cristo o del ego, dependiendo de lo que percibas en él.”** (T.11.V.18.1) (ACIM OE T.10.VI.58) **“Si no te habla de Cristo, es que tú no le hablaste de Cristo a él. No oyes más que tu propia voz, y si Cristo habla a través de ti, le oirás.”** (T.11.V.18.6-7) (ACIM OE T.10.VI.58) Nada puede venir a nosotros desde fuera de nosotros mismos. Los demás no pueden alterarnos ni robarnos la paz. Cuando hacemos reales el pecado y la culpa en la mente, hacemos a los demás responsables de cómo nos sentimos. Vemos que nos roban la paz, pero en realidad lo hemos establecido así, para poder culparlos de nuestra condición. Es cierto que pueden decir y hacer cosas poco amables, pero si reaccionamos personalmente a lo que alguien ha dicho, hemos interpretado su llamada al amor y a la comprensión como un ataque, y esta interpretación proviene de nuestra propia mente no sanada.

Ahora estamos llamados a llevar nuestras percepciones erróneas al Espíritu Santo y estar dispuestos a que sean reinterpretadas. Para que cualquier relación sea sanada, el propósito de la misma debe ser cambiado para que la relación tenga ahora un objetivo diferente. En lugar de usarla para extraer el amor del otro, el único propósito que tiene ahora es el de sanar. Sólo así se puede recordar el amor que somos. En otras palabras, sólo se trata de nuestra propia mente, ya que sólo estamos en relación con el ego o con el Espíritu Santo. A qué maestro nos dirigimos en la mente determina la naturaleza de nuestra relación, ya sea especial con el ego, o santa con el Espíritu Santo.

“Padre, Tu Nombre, al igual que el mío, es Amor.” (L.282.2.1) Esta no es una afirmación sobre nuestro Padre como un Ser que nos ama, sino que somos esencialmente el Amor mismo y Uno con Él. Si nuestro Padre es visto como alguien que es un Ser que ama, Él tiene la opción también de no amar. Creo que esta es una distinción importante y, aunque sutil, reconoce nuestra verdadera naturaleza y la Unicidad con el amor que nunca puede cambiar ni estar separado de lo que somos.

Aunque nos hayamos dado el nombre de miedo y nos hayamos olvidado de quiénes somos, no es motivo de culpa ni de auto-ataque. Es sólo un error que hay que deshacer y no un pecado. Tampoco es útil negar el dolor, la angustia, la pena y otras emociones que experimentamos. De hecho, no es útil luchar con el ego sino reconocer que estas emociones surgen de pensamientos y creencias que abrigamos y que no son la verdad. No se trata de negar nuestros sentimientos, sino de adentrarnos en ellos y preguntar qué los alimenta para poder dejarlos ir a medida que los hacemos conscientes. No

nos definen. Es sólo una percepción errónea que requiere nuestra voluntad y disposición a acudir al Espíritu Santo para que nos corrija. Elegir ver las emociones por encima del campo de batalla y sonreír a su irrealdad sin juzgarlas las disipará en la nada de la que provienen. Me encanta la simplicidad de todo esto. Nuestra terquedad y resistencia y nuestra identificación con este falso yo es lo único que se interpone en el camino, pero tenemos el poder de decisión en nosotros para elegir de nuevo.

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca